

EE.UU. recordó el 11-S

Con una ceremonia en Nueva York, Estados Unidos les rindió un homenaje a las casi 3.000 víctimas de los ataques del 11 de septiembre de 2001. Se guardaron varios minutos de silencio para recordar los momentos exactos en que los aviones impactaron contra las torres del World Trade Center. El

presidente Barack Obama asistió a otra ceremonia en el edificio del Pentágono, que también fue blanco de un atentado ese mismo día hace 12 años. "Nuestros corazones aún sufren por los futuros que fueron robados, por las vidas que habrían podido ser", aseguró el mandatario.



Familiares de las víctimas del 11-S. / AFP

OPINIÓN
MIGUEL BENITO
LAZARO



¿Una salida?

El Congreso estadounidense había sido convocado por el presidente Barack Obama para votar la posibilidad de emprender acciones militares contra el régimen de Bashar al Asad, al que la Casa Blanca responsabiliza del uso de armas químicas. El resultado de la votación era, cuando menos, incierto. Una votación complicada y un resultado, fuera el que fuera, incómodo. Pero Vladimir Putin, tal vez de quien menos podía esperarse, les ofreció al Congreso y a la Casa Blanca una salida satisfactoria sin tener que tomar una decisión definitiva. El gobierno ruso propuso que el gobierno sirio pusiera bajo supervisión internacional su arsenal químico. Al Asad y Obama decidieron darle una oportunidad a esa opción.

Para el Congreso la elección era complicada. Si bien la Casa Blanca ha insistido mucho en la solidez de las pruebas contra Al Asad, la opinión pública, a través de encuestas, ha manifestado mayoritariamente su oposición a involucrarse en un nuevo conflicto —por muy limitado que fuese— en Oriente Medio. Para los ciudadanos estadounidenses la única preocupación debe ser la recuperación económica, dejando de lado cualquier distracción o carga financiera.

Obama, por su parte, se veía entre dos escenarios problemáticos. O lanzar una campaña militar contra el régimen sirio, sin apoyo interno y con escaso apoyo internacional, o, de no intervenir, proyectar la imagen de un presidente débil, que no cumple su palabra y que cede las decisiones estratégicas al Congreso. Pero la propuesta rusa le salva la cara —por el momento— a Washington. La Cámara no ha tenido que votar y se ha ahorrado el desgaste político que cualquier decisión le acarrearía. La Casa Blanca, con la mera amenaza de uso de la fuerza, habría conseguido uno de sus objetivos: el cese del uso de las armas químicas. Y esa, no otra, era la línea roja de Obama.

Con la oferta rusa —acompañada de dosis de presión diplomática— Siria se ahorra los más que probables bombardeos estadounidenses —lo que podría suponer perder algunas infraestructuras claves— y un también probable aumento del apoyo de Washington a la oposición. Además gana tiempo y mantiene la iniciativa estratégica ante los rebeldes.

Rusia, por su parte, recupera una posición de liderazgo en la comunidad internacional y fortalece su —algo limitado— rol como actor global. Su propuesta destraba el panorama en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas —al menos por el momento— y garantiza la seguridad del oficialismo sirio, y con ello sus propios intereses en la zona.

En definitiva, todos pueden atribuirse el mérito en esta reducción de la tensión internacional. De todos modos, habrá que ver cómo reaccionan países como Arabia Saudita, Irán, Catar o Turquía ante este nuevo episodio de la crisis siria. Todos aspiran a alcanzar la hegemonía regional y seguirán intentando avanzar sus intereses nacionales. Pero, quizá, por ahora acepten un periodo de distensión.

En definitiva, la puerta abierta por el gobierno de Putin ofrece una salida airosa para todos. Bueno, excepto para el conflicto interno sirio en vías de estancamiento (más de 110.000 muertos y siete millones de desplazados) y, sobre todo, para la oposición al régimen de Al Asad, que no ve respondida ninguna de sus peticiones. Al Asad ya lo tiene claro: mientras no use armas químicas la comunidad internacional no lo interrumpirá.

* Profesor U. Externado y La Sabana.

Internacional

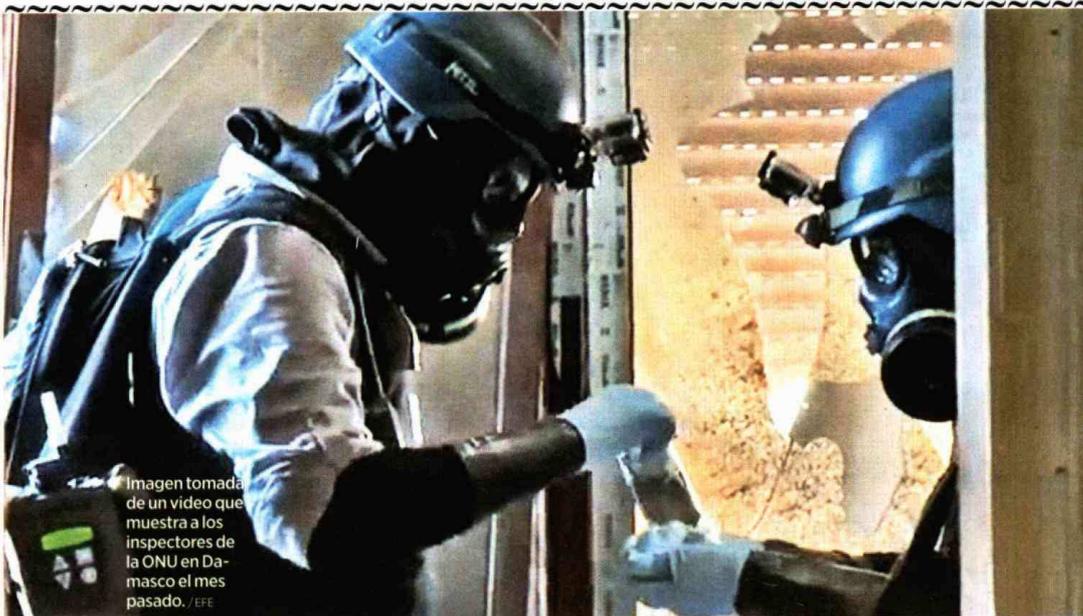


Imagen tomada de un video que muestra a los inspectores de la ONU en Damasco el mes pasado. / EFE

La entrega de armas químicas por parte de Siria

Una tarea casi imposible

El desmantelamiento del arsenal sirio presenta enormes retos logísticos pues nunca se ha realizado uno de tal dimensión y en medio de una guerra civil.

John Kerry, secretario de Estado de Estados Unidos, llega hoy a Ginebra (Suiza) para explorar la forma como se realizaría el desmantelamiento del arsenal químico de Siria, una propuesta hecha por el gobierno ruso a principios de esta semana y que, en la práctica, terminó por posponer el posible ataque del país norteamericano al régimen de Bashar al Asad.

Si bien la solución sugerida por los rusos luce ideal a primera vista, pues parece sacar al presidente Obama del callejón sin salida de respaldar un ataque altamente impopular (incluso entre el Congreso de su país), el desmantelamiento del arsenal comienza a mostrarse como una tarea de grandes proporciones que, además, no se ha llevado a cabo en medio de una guerra como la de Siria.

Los problemas son varios: el número

de inspectores necesarios para inventariar y destruir el arsenal, la fuerza de seguridad que debe cuidar a los inspectores (más aún en un país en guerra civil) y la dudosa confianza que ofrece el gobierno de Al Asad para declarar con exactitud el estado y la localización de sus armas cuando hace apenas una semana la versión oficial ni siquiera hablaba de la existencia de los dispositivos.

David Kay ha sido inspector de armas nucleares de la Agencia Internacional de Energía y fue el líder del equipo que el gobierno de George W. Bush envió a Irak para encontrar sus armas de destrucción masiva, y como tal fue el firmante del informe que concluyó que dichas armas no existían. En declaraciones a CNN, Kay afirmó que, dada la supuesta magnitud del arsenal químico sirio (que se calcula es el tercero

más grande del mundo, después del de Estados Unidos y Rusia), se requeriría una fuerza de entre 500 y 1.000 profesionales para localizar y manejar las armas.

Este número daría cuenta sólo de los inspectores. La cifra crece al añadirle la fuerza de seguridad internacional que debe cuidarlos, además de asegurar el arsenal, y que, según cálculos del Pentágono (citados por el diario *The New York Times*) podría ser de más de 70.000 soldados. Tropas que, incluso en menor número, no se sabe de qué ejército saldrían.

Hay que recordar que, luego del supuesto ataque con armas químicas que lanzó el régimen sirio el mes pasado, los inspectores de la ONU enviados al lugar fueron atacados en varias oportunidades y obligados a regresar a su base en al menos una ocasión.

Encontrar las armas y verificar que lo declarado y hallado es el total de ellas también parece ser una tarea difícil. Actualmente, nadie parece saber muy bien cuántas instalaciones están involucradas en la fabricación y el almacenamiento de este material. Algunas fuentes dicen que son más de 40. El diario *The Wall Street Journal* cita información oficial para asegurar que son al menos ocho. Algunos de estos cálculos son anteriores al estallido de la guerra civil.

De acuerdo con Naciones Unidas, bajo la Convención de Armas Químicas de 1993 (la cual no fue firmada por Siria) más del 80% de estos dispositivos ha sido destruido a nivel mundial. Esta semana, el ministro de Relaciones Exteriores sirio, Walid al Moualem, aseguró que su país se suscribiría al tratado y así declararía oficialmente la magnitud y localización de su arsenal. ■